

El mundo se afea. ¿Qué hacer?

Tenemos una convicción: el mundo se afea. Sin embargo, nos parece imposible expresarlo sin alterar el decoro y la creencia generalizada en la idea de progreso. Basta mirar alrededor y ver cómo el hormigón y el vidrio se comen las ciudades y el campo, cómo torres aterradoras surgen donde estaban nuestros recuerdos de infancia, cómo en todas partes los adoquines se retiran y el asfalto avanza, mientras las urbanizaciones llenan ahora todos los espacios y espantosos cinturones zonificados asfixian los centros de las ciudades...! El mundo se afea. Ahora parece el patio trasero de un supermercado, y quedan sólo los turistas para creer en la palabra: paisaje.

Por supuesto, no somos los primeros ni los únicos en descubrir que las cosas empeoran. Digamos lo que digamos, sabemos de antemano que la cohorte de fanáticos del sistema buscarán silenciarnos. Esta reacción es bastante natural: es la de los anticuerpos que luchan contra un pensamiento foráneo. Este pensamiento no es nuevo ni muy sofisticado, pero es un peligro para el sistema modernista dominante. El pensamiento, es éste: el progreso es una farsa.

El progreso es una farsa que funciona bien en las licitaciones y los progresistas son los beneficiarios. Ante el incesante deterioro de las ciudades, sus múltiples amputaciones y la globalización de su arquitectura, continúan afirmando que el futuro del hombre está en la innovación y que la innovación, señoras y señores, es la expresión de una nueva arquitectura. Para nuestra gran desgracia, la nueva arquitectura que emplean como estandarte se reduce a sobrecargar la tierra con enormes cajas-para-vivir, sin preocuparse por su calidad, sino sólo de las utilidades que generan. Pronto los arquitectos que las propagan se volverán inútiles: a fuerza de líneas rectas, formas abstractas, fachadas lisas, a fuerza de eliminar finalmente a los edificios del más mínimo adorno, se darán cuenta de que esta arquitectura desgarradora, disminuida puede ser realizada igualmente por los ingenieros con la misma facilidad. ¡Y perderán sus empleos!

Que así sea, eso no nos conmueve. Al contrario, el sufrimiento que infligen por su no-arquitectura a los habitantes-víctimas de la deformación de sus lugares de vida –las ciudades todas iguales, de Bruselas a Beijing, la nueva vivienda que cae en desuso después de diez años de existencia, las barras de HLM que son conejeras–, este sufrimiento nos indigna. Nosotros también lo sufrimos.

Desde el final de la guerra, el modernismo ha impuesto su ley sobre las cosas y las ideas. Es un sin sentido: reduciendo al individuo a unas pocas funciones simples: consumir, trabajar, entretenerse, niega sus particularidades, lo transforma en homo oeconomicus indistinguible de sus semejantes y le ofrece una vida cómoda pero gris, situada bajo el signo mitológico de progreso. Este hombre sin cualidades, reducido a la suma de sus necesidades, ya no es sensible a la belleza que lo rodea, le resulta algo innecesario. De ahí viene la abolición de la estética. “Todo es igual” o “cada quien sus gustos”, se dice para ocultar la inmensa impostura del modernismo en comparación con los estilos antiguos. El relativismo moral y estético es la base de la modernidad occidental, incluso en su expresión arquitectónica.

Contra el relativismo, afirmamos que la Belleza existe. Está bajo nuestras narices: ¡Es el patrimonio! Depende de nosotros entrar en él, permanecer en él y aprovecharlo al máximo, no como una renta de museo bajo los auspicios del turismo de masas, sino como las fuerzas vivas de un renacimiento contemporáneo. Dado que el modernismo nos ha engañado y nos ha llevado a lo hondo de la fealdad, y que él mismo se hace pastiche durante casi un siglo, debemos darle la espalda y elegir sin vergüenza mirar atrás. Después de todo, los más fecundos estilos nacieron de un giro en U: el neogótico idealizó la Edad Media, el neoclásico fue nostálgico del Renacimiento, mientras que el último soñaba con la perfección de la antigüedad... Sin embargo, tenemos un patrimonio en excelentes condiciones, sobre el que una activa multitud de oficios –carpinteros, ebanistas, canteros, pizarreros, ventaneros, maestros vidrieros, mosaiqueros...– que son una mina de saber-hacer para instruir a los jóvenes arquitectos sobre técnicas tradicionales que servirán mañana para hacer renacer la arquitectura.

Contra el sistema modernista, abogamos por la arquitectura tradicional que se basa en el buen sentido y uso de códigos estéticos, de técnicas tradicionales y de materiales naturales dentro de conjuntos urbanos coherentes. La arquitectura tradicional está bien construida, hermosa, adaptada y traspasa siglos y generaciones. Como respeta la identidad de los lugares donde se integra, y la privacidad de las

personas que viven allí, su vocación es popular. Pero su realización mientras tanto, es difícil. Requiere una sólida cultura histórica unida al conocimiento empírico de los oficios artesanales. Para dar vida a la arquitectura tradicional, es urgentemente formar hoy y hacer prosperar una reserva de arquitectos y artesanos competente, sensible y atenta a la voluntad general.

A quienes, finalmente, nos replicarán que esta arquitectura es muy hermosa pero poco realista en condiciones actuales, les decimos que ya existen ejemplos brillantes, que prueban que se adaptan maravillosamente bien a las necesidades de nuestro siglo: Poundbury testimonia en el Reino Unido, Le Plessis-Robinson, Port Grimaud y Port Royal en Francia, Brandevoort en Holanda, Seaside en Florida y la nueva ciudad de Cayalá, en Guatemala, que emerge de la tierra al momento de escribir este artículo. En todo el mundo, la arquitectura tradicional está resurgiendo en todas las escalas. Es el signo de una bella y digna insurrección de los pueblos contra la ilusión modernista que arroja su último aliento.

En tanto que arquitectos, historiadores, artesanos, urbanistas, investigadores y curiosos de todo tipo, queremos expresar aquí nuestra esperanza en la renovación de la arquitectura tradicional y llamar a todos aquellos que se encuentran en sus principios que se unan a nosotros para construir un mundo deseable y sostenible.